

La Clínica del a en el marco de las pasiones (no es eso)

Alejandra Rifé

Esta cita es de un texto de Lou Andreas Salomé: “Cuanto más fuerte sea la dotación erótica de una persona, tanto mayor serán sus posibilidades de sublimación, con tanto más largo aliento sostendrá las exigencias que se le hagan, sin permitir que el cumplimiento del instinto y la adaptación a la realidad entren en disputa una con la otra. Tanto menos será asceta en el sentido del flaco de instintos que se afana por hacer virtud de su carencia, o en el sentido del enfermizante reducido que halla consuelo en la palabra “sublimar”.¹

Hay que decir que ese texto lleva por título *La vivencia de Freud*, y que a esta mujer, Lou Andreas Salomé, Freud le mostró respeto y consideración pero que además decía no entenderla, quizás había en ella algo de la enunciación no-todo, propia de la sexualidad femenina, que formalizara mejor Lacan, más interesado en esa forma de la enunciación.

Nos parece propicia la cita, que habla de Freud, para referirse seguramente a su deseo inquebrantable. La cita da además dos versiones para la sublimación, en una es la fuente alimentada por la dotación erótica, en otra es un consuelo vulgar. Y es como si esta distinción buscara ya nombrar otro destino para la pulsión, que no coincide exactamente con la sublimación, pero que está hecho de parecida estofa.

Nuestro trabajo que está encabezado por un título tan ambicioso como excesivo: *La Clínica del a en el marco de las pasiones*, está inspirado en un recorrido que se lee après-coup a partir de un neologismo que proponemos, o que en nosotros se propuso, al hilo de nuestro trabajo: ese neologismo es *palsión*, y surgió de la lectura de un trabajo apasionado: el de la obra de Claude Levi-Strauss. Pensábamos en la pasión del sinthome.

¹ Lou Andreas Salomé, *Mirada retrospectiva*, Ed. Alianza, 1980, pag.142

Decir nada menos que *Clínica del a en el marco de las pasiones*, escondía, por supuesto una cierta cuestión, una cierta hipótesis: siempre vinculada al trabajo de Lacan, a su necesidad de orientar y orientarse. La pasión es algo que interesa a Lacan, quien no habla de un analizante más allá de las pasiones. Nadie ha dicho que Lacan no proponga una salida apasionada vinculada a la diferencia absoluta. Diferencia absoluta a la que adjudica una forma especial de amor. No es un ideal, el sujeto puede irse cuando se encuentre feliz, pero hay variadas formas de la felicidad, y algunas se corresponden simplemente con la satisfacción acéfala de la pulsión. Lacan apuesta a algo más. Es una hipótesis, y él mismo es una hipótesis.

El sujeto se extravía en la estructura. El psicoanálisis le propone un discurso específico para orientarse, realizando un trabajo, un recorrido, que sólo puede realizarse en ese dispositivo (salvo algunos sujetos que trabajan solos, algunos psicóticos, algunos artistas, artistas del arte o de la subjetividad). El despliegue de la Lógica del Uno hasta llegar a “un sujeto es una hipótesis, (“decir que hay un sujeto no es sino decir que hay una hipótesis”²), es una de las vías orientadoras que Lacan necesita, poniendo a menudo patas arriba supuestos de la lógica, de la filosofía, de la ciencia. Lógica de lo que le falta al significante para ser el Uno del sujeto. El sigte., el fallo; el uno del rasgo unario, el del Ideal del yo, esa forma de la identificación; el menos uno, el más uno, el Uno de la relación sexual que no existe. El Uno del *essaim*, el uno en la lengua.

Parecido trabajo, parecida flecha, puede rastrearse en relación a las pasiones: de las pasiones del ser a las pasiones del alma: aquella pasión significativa que daría “en forma” (atención a la fórmula) particular de enunciación.

El sujeto se extravía. Va del Ideal del yo a las insignias, y de las insignias al Ideal, busca el sigte. que lo diferencia o que lo represente, lo busca entre el Ideal del yo, el rasgo unario y el objeto *a*. Es encontrado por él en la repetición, que de esa manera lo guía para equivocarse al depararle esa modalidad de recuperación de goce. Es el psicoanálisis el que le ofrece algo distinto.

² Jacques Lacan, Seminario 20, “Aún”, Ed. Paidós, pag. 171

El sujeto no sabe lo que dice hasta que dice “yo no lo sabía”. Es la enunciación. Porque el inconsciente es inseparable de lo “no dicho”, un no-dicho que alguna vez devino “no sabido” por relación al Otro omnipotente de la demanda y que culminó en un “no quiero saber nada de eso”, una de las formas de la pasión de ignorancia. Es el no querer saber nada de estructura, del que habremos de saber, tanto como de nuestra ignorancia. El inconsciente es una relación con el saber, con lo no sabido del sujeto, pasión de ignorancia y de ir contra ella.

De las pasiones del ser a las pasiones del alma habría un recorrido en el trabajo de Lacan, unas son las pasiones que el sujeto despliega en relación al Otro, las otras están vinculadas a su propia alma.

El sujeto va a buscar en el Otro lo que pueda colmar su falta en ser. Se despliegan en análisis de la mano de la transferencia. Ese sujeto que no encuentra su representación última y que no para de buscarla, dando lugar a esa forma de la falta, es el sujeto del inconsciente como falta-en-ser. Será de alguna manera el analista con su presencia-ausencia el que autorice la producción de esas pasiones, de esos significantes de la falta-en-ser.

Esas primeras pasiones son orientadoras, relativas a la relación del sujeto al Otro, llevan en su seno las huellas de la demanda y de su suerte. De la necesidad, de la demanda, y de su suerte. Sabemos que más adelante el lugar de la necesidad será para el goce. Modalidad de goce del sujeto. Lo que promete que en tanto hable podrá dar lugar a estas pasiones pero también a su enunciación, en ella se encuentran las marcas de su goce y las huellas de su deseo. Lo que quedó más allá de la demanda, si ese más allá se produjo, es el deseo. Ahora, estas pasiones, facilitan la producción del Otro del sujeto. Las pasiones del ser, forma de la demanda, tienden a sostener al Otro sin tachar, mientras la pulsión continúa satisfaciéndose acéfala.

Si decimos Otro sin tachar, hablamos de una epistemología. No en vano tan a menudo Lacan se pregunta, por ejemplo: por “el lado taimado de Aristóteles”, “que no quiere que el

singular desempeñe un papel en su lógica”³, o con extrañeza, al hablar del objeto *a*, que nadie haya sabido concebirlo antes. No hay epistemología que considere al sujeto del inconsciente y al *a*, salvo Lacan.

Las pasiones del ser están comprometidas en las vueltas al “alma” del toro. Su despliegue depende también del barquero. Interpretadas como una verdad última pueden redundar en el extravío del sujeto. Denunciar, demandar, responsabilizar totalmente al otro de lo que nos ocurre, odiarlo o incluso amarlo en demasía, no son sino formas de mantener la ignorancia acerca de la falta en el Otro. Pero también las pasiones de la falta-en-ser están vinculadas a la pasión significante, e invitan al trabajo de su desciframiento, esconden las pistas del sujeto. Como aquella mujer, breve viñeta clínica, criada en un país socialista, que se veía obligada a sostener al Otro por el bien común y que al poder verbalizar su envidia, abrió cauce a su deseo.

El corte se produce. A las vueltas o a las puertas del toro de la demanda, se encuentra el *a*, se encuentra el deseo. No hay falta en el Otro sin el paso por las pasiones del ser. En tanto corte, un sujeto es una epistemología (en obras).

En la enunciación se escucha el *a*. Huella del objeto perdido, aparece en la peculiar enunciación. Subversión del sujeto: donde falta el significante, para nombrarme está el goce, como defecto en lo simbólico. En la enunciación, ese modo de encontrarse diciendo, se produce tanto una pérdida de goce –esperanza de un goce absoluto como de un Otro sin barrar- como una recuperación. La enunciación es también ese modo de decir que se encuentra en el sujeto, esa particularidad que los filólogos llaman o llamamos estilo. En ella se escuchan tanto el intento denodado de $-\phi$ como el *a* que se escabulle. Se escucha en el fraseo de Claude Lévi-Strauss, con sus frases interminables que sorprenden en su conclusión. No sabe lo que busca: “Me faltan aptitudes para cultivar sabiamente un terreno y recoger año tras año las cosechas: tengo la inteligencia neolítica. Como los incendios de los matorrales indígenas, ella abrasa suelos a veces inexplorados; los fecunda quizá, para sacar precozmente algunas cosechas, y deja tras ella un territorio devastado. Pero entonces

³ J.Lacan, Seminario 23, “El sinthome”, Ed. Paidós, pag.14

yo no podía tomar conciencia de esas motivaciones profundas” escribe Lévi-Strauss en “Tristes trópicos”.

El objeto a corre por debajo, aglomerando a la lalangué. Exterior al sujeto, en tanto pulsional es anterior a él. Exterior, anterior, interior. Ese resto innombrable va quedando como resultado de la operación repetida del corte y de la división.

El sujeto es el corte. Hay en la dimensión de la enunciación algo de un hacerse ya cargo del goce en juego en el hablar. En la enunciación tenemos tanto la evidencia del no querer saber estructurante, como la oportunidad para el je de hacerse cargo de sus pulsiones.

Las pasiones del alma vincularán al sujeto a la pasión por su propia alma. Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Descartes y su contemporáneo Spinoza. Qué lugar dar a las pasiones. Los filósofos saben de la pasión por el alma, y trabajan a favor de su fantasma, con toda el alma. Y al alma “nos aferramos como la garrapata al perro”⁴. Explícito en la forma del fantasma, el objeto retiene allí al sujeto.

Descartes intenta situar a la razón como razón suficiente para explicar la naturaleza sin recurrir a ninguna autoridad, pero termina por afirmar que es Dios quien crea y da movimiento al universo. La física no le alcanza, y Descartes se detiene. El sistema cartesiano, fruto de un intento apasionado, sitúa el origen y el fundamento en la subjetividad humana, no digamos del esfuerzo de su física, o de la leve torsión que realiza en el Tratado de las pasiones del alma, al afirmar que al cesar el calor del cuerpo, el alma se apaga. Es bien curioso el modo en que se detiene en el cuerpo para referirse a las pasiones del alma. Pero llevando la extensión que esta allí desde Aristóteles -somos cuerpos y ésta es la medida del hombre- hasta sus últimas consecuencias, Descartes falla porque no puede ir más allá de su Física, física de la extensión, constituida por la esfera sin límites, pero esfera, dice Lacan. Falla porque ninguna pasión puede ser una afección de la extensión, un afecto de la extensión. Se necesita de otra geometría, de una topología que es la estructura de lo real. Pero Descartes es un sujeto apasionado por la “pasión de desvelar que tiene como objeto la verdad”, hay sujetos que hacen corresponder el corte que producen con el de la

⁴ J.Lacan “Televisión” ed. Anagrama, pag.130

historia. Piénsese también en Freud. Parecen hacerse cargo en lo real, con algo de sus cuerpos, de lo que está en juego en la historia y su devenir.

Lacan se abre camino con el objeto a. Ese objeto que no ha sido concebido antes. Ese objeto de desperdicio que “en tanto piedra de desperdicio ha de devenir piedra angular”⁵. Si los post-freudianos hablan de *la relación de objeto* pretendiendo una maduración sexual, puede que su discurso nos provea de la clave por la cual ese objeto, el a, ha sido ignorado (y es una pasión): tapar el agujero del no hay relación sexual.

El objeto nos habla de lo no sabido, dice Lacan, pero el análisis puede darle la vuelta. No es el analista el que debe progresar, a ese punto vivo debe consagrarse su esfuerzo. La letra, el a, la notación algebraica permite seguir su hilo. “Que nadie sepa verlo está ligado, ya lo hemos indicado, a la estructura misma de este mundo, en tanto que parece ser coextensiva al mundo de la visión, ilusión fundamental que desde el inicio de nuestro discurso nos ocupamos de quebrantar, de refutar, al fin de cuentas”⁶, y esta observación es epistemológica. Pasar a otra topología requiere de un corte epistemológico. El cross-cap permite considerar y pensar esa pieza faltante.

Ese algo en la estructura que no es del orden del significante, tiene valor de plus de goce, ofrece una recuperación y que se ha producido como consecuencia de la renuncia al goce por efecto del discurso.

En los intentos de recuperación el goce se desgasta, también en la repetición, también en las pasiones del a. Y el lugar del a se vacía, conservando su *enforma*. Por eso Joyce.

Es aquí donde recogemos la cuestión de los destinos de la pasión: la sublimación entrañaría una pasión; la verdad, también. Aquí nos encontramos con otra forma de pasión, correlada al *sinthome*, por eso la llamamos *palsión*.

Joyce tiene una relación directa al pequeño a como agujero. Y cuando el sujeto está en relación directa al pequeño a como agujero, tiene una relación distinta a la *lalangue*. Es la posibilidad de relación al ICSR.

⁵ J.Lacan, Seminario 13, inédito, Clase 5, 5 de enero de 1966

⁶ Sem 13, Clase 5

Hay la caída del objeto en la separación, pero se guardará sin embargo algo del a, del lugar del a, produciendo un deseo distinto. Quedarían restos de las pasiones del a, gai savoir, momentánea alegría de saber.

Esas pasiones testimoniarán de esa articulación que empuja a decir, medio-decir, bien-decir, testimoniar que hay algo fuera que desde dentro nos impulsa. Pensamos que ese deseo decidido que aprovecha de la pulsión tanto como de la negación a su cuenta (la del deseo), produce una forma de pasión, en tanto el **no es eso** (con su correspondiente mal humor) impulsa a ir siempre un poco más allá, que sería lo contrario del olvido al que impulsa a veces el horror al saber propio.

Pero en este punto todo es pregunta: ¿Sería la salida por el ICRS no epistemológica? ¿Sería pasión la de Joyce? ¿podríamos llamarla phalsión (y lo ponemos con hache)? ¿le daríamos estatuto de sinthome al trabajo de Lévi-Strauss?